

vida y la *voluntad*, ya sea en Descartes, Hume, Kant o Hegel, anteriormente en Platón y Aristóteles. Y al parecer Pieper sigue manteniendo esta misma postura veinte años después, haciendo notar cómo sus propuestas también fueron compartidas por los autores antes mencionados.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

RESTREPO J., MARILUZ

Representación, relación triádica en el pensamiento de Charles S. Peirce. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2010, 274 pp.

Las teorías representacionistas del conocimiento han sido sometidas a crítica durante el siglo pasado porque pretendían sustituir el conocimiento de las cosas por el conocimiento de sus imágenes mentales, entendiendo la representación como copia mental de la cosa. La fenomenología nos enseñó a volver a las cosas. La profesora Mariluz Restrepo publica este libro sobre el modelo triádico de la representación, un modelo que quiere superar las limitaciones de la representación de corte cartesiano o empirista: “La representación, en consecuencia, no es una operación binaria ni es un espejo: no es mera copia, réplica, doble, imitación, sustitución, simulacro o apariencia como por lo general se entiende en el lenguaje común. Y puesto que la representación se concreta en el signo, ésta tampoco corresponde a las dicotomías significante-significado, paradigma-sintagma, sincrónico-diacrónico propias de la lingüística saussuriana, sino que es co-tri-relación entre el signo, su objeto y el interpretante que genera” (p. 148).

Las preocupaciones de la autora son principalmente la comunicación, la educación y la semiótica, y ello mueve su exposición. No se trata, pues, de un libro sobre Peirce sino que en él se nos proponen “reflexiones *con* y *desde* Peirce para que sus originales y sugestivas ideas sirvan como claves de interpretación de nuestra existencia humana” (p. xxiii). Estas propuestas se ofrecen sobre todo en el capítulo tercero y último en tres aspectos íntimamente relacionados. Podríamos decir

que explora cómo conocemos, cómo nos conocemos y cómo aumenta nuestro conocimiento. “Este capítulo, entonces, escudriña el sentido de la representación como relación triádica, primero, para desentrañar cómo ésta deviene en Teoría del Conocimiento que asume la realidad como cognoscible en representación y trastoca el modo de conocimiento científico; segundo, para exponer que Peirce entiende la condición humana como SerSignoInterpretante en donde la palabra, la relación con el otro y los procesos de representación-interpretación son sus principales rasgos constitutivos y, por último, para establecer cómo el círculo infinito, siempre en crecimiento, entre representación e interpretante está emparentado con la hermenéutica contemporánea y puede dar muchas luces a la investigación y comprensión de nuestro entorno y de nuestra existencia” (pp.107-108).

Este planteamiento permite la propuesta de una Teoría del Conocimiento unificante: “en Peirce no existe la oposición ciencia-filosofía; para él, el conocimiento es universal y la filosofía tiene sentido en tanto ciencia” (p. 5). Se muestra una teoría que evita una doble división: por una parte, la separación del conocimiento “científico” o “humanista”; por otra, la separación radical entre sujeto y objeto. No hay dos tipos de conocimiento, uno que *explica* y otro que *comprende*. Lo que mueve al hombre a embarcarse en la aventura del conocer es el amor a la verdad.

Es destacable el esfuerzo que se realiza por leer a Peirce a la luz del pensamiento hermenéutico del siglo XX, conectando ambos lenguajes en un afán de iluminación mutua. Paul Ricoeur, Hans George Gadamer aparecerán en diálogo con Peirce de la mano de Mariluz Restrepo mostrando que conocer es interpretar e “interpretar, entonces, es hacer una lectura re-creativa de la realidad” (p. 160), tarea que no termina nunca pero que no es repetitiva ya que cada lectura que hacemos aumenta nuestro conocimiento.

Para poder llegar a esta propuesta se dedica la mitad del libro; los dos primeros capítulos, a exponer las nociones peirceanas de la representación y el signo triádico. En el primer capítulo fundamenta la representación en el ser triádico. Desde la lógica de relaciones, con los conceptos de mónada, díada y tríada que expresan las relaciones básicas de uno, dos o tres elementos explica la relación triádica del ser describiendo las categorías de primeridad, segundidad y

terceridad, elementos básicos en la arquitectura peirceana: “Tomemos la rojez como sensación coloreada posible —Primeridad— que se hace existente en algún objeto en tanto hecho en bruto —Segundidad— y que sólo significa color rojo al ser reconocido, al ser pensado —Terceridad; es decir, el pensamiento media poniendo en relación la rojez como cualidad sensorial con el hecho en bruto para ser conocido como algo rojo. Esta co-tri-relación es lo que Peirce concibe como representación” (p. 30). Se puede decir que uno de los aspectos positivos del libro es que muestra con claridad las dimensiones lógica y metafísica de las categorías contribuyendo a una mejor comprensión de este complejo asunto.

El capítulo segundo se centra en el signo como concreción de la representación. En Peirce “la Teoría Triádica de las Categorías Universales del Ser y la Teoría General del Signo se nutren mutuamente” (p. 49). Por ello desde la lógica, entendida como semiótica, se aborda el estudio formal del signo así como de la teoría de la significación o pragmatismo. En esta teoría triádica, el signo lo entiende Peirce como “algo que está para alguien en lugar de algo bajo algún aspecto o capacidad”. Se distinguen los tres elementos correlacionados, el *signo* —algo que está para alguien—, el *objeto* —en lugar de algo— y, lo más original de Peirce, el *interpretante* —bajo algún aspecto o capacidad—. El interpretante es un signo equivalente creado en la mente de alguien que corresponde al objeto representado. El interpretante trata de explicitar el aspecto bajo el que el signo puede estar en lugar de su objeto, pero al ser él mismo también un signo tendrá a su vez su propio interpretante en una dinámica que llama semiosis indefinida. Esta semiosis se detiene cuando comprendemos, es decir cuando no tenemos *duda* en ese aspecto bajo el cual se nos representa el objeto. Cesa la duda cuando se convierte en *creencia* y esa creencia modifica nuestros *hábitos* de acción. Desarrollando esta dinámica —semiosis— del signo triádico, se fundamenta la teoría del conocimiento, de la acción y de la comprensión.

El libro se completa con un apéndice con los aspectos más relevantes de la época, la vida y la obra de C. S. Peirce.

J. Santiago Pons. Facultad de Teología de Valencia
santiago@teologiavalencia.es